

# El fuego y la paz

Lo último de Comín fue una mirada profunda, en que seguía luciendo la esperanza (con un desinterés absoluto), la tristeza (sin amargura), el fuego de un compromiso hasta la muerte (con la serenidad de quien transmite la antorcha de una fe encarnada para siempre en la historia).

Quizá he hablado ya demasiado.

Porque, en su muerte, Alfonso Comín, que tantas palabras dijo y escribió en vida para encarnarnos lo que él veía y vivía, nos lo dijo sin palabras, con una intensidad más fuerte que la de cualquier otro lenguaje.

Para nosotros, los creyentes, Comín es el hombre de fe. Esto es lo primero y está a la base de todo.

Pero la fe de Comín no es cualquier fe. Es una fe cristiana escatológica. La fe de los profetas bíblicos y la del Jesús de carne y hueso, que predica la inminencia del reino. Educado en el catolicismo conservador e integrista, la llama de su fe acabó abrasando la envoltura ideológica de aquel cristianismo convencional.

Se acercó en Málaga al mundo de los pobres. Y su adscripción a la tradición emancipatoria del movimiento obrero fue irreversible. En ese sentido, fue definitivamente marxista. Con un marxismo tan abierto y crítico como lo fue su cristianismo. Pero también tan irrenunciable como éste, aunque en un nivel distinto.

Aceptó el hecho del conflicto de clases, impuesto por la realidad objetiva, y lo vivió desde el amor cristiano, optando por los explotados contra los explotadores. Para él un cristiano consecuente tenía que estar presente en la lucha de clases, alineado con los de abajo. Esta fue una convicción que permaneció en él hasta el fin.

Estaba convencido de que para la causa de Jesús (que era la liberación de los pobres oprimidos) era importantísimo que llegara a verse por todos experimentalmente la posibilidad de ser marxista sin ser ateo. Esto, según Alfonso Comín, era importante para el marxismo, para su efectividad como elemento positivo del movimiento revolucionario hacia una tierra nueva, en que la explotación del hombre por el hombre perezca al pasado.

Comín era un marxista no dogmático, para el que no había textos inmutables en el marxismo. Pero el *Manifiesto Comunista* era una palabra liberadora, aunque hubiera que discutir una por una sus afirmaciones.

El *Capital* de Carlos Marx no era para Alfonso un texto definitivo, sino un libro que había que dejar siempre abierto, como instrumento de búsqueda. Según él, la matriz marxista debe ser ampliada y enriquecida (también depurada) gracias a un pluralismo de culturas revolucionarias y de conocimientos científicos, fruto de una investigación libre. Pero Marx no ha muerto.

A Comín le parecía que la corriente proveniente del cristianismo puede ampliar y enriquecer el movimiento histórico revolucionario que viene del marxismo.

De aquí su empeño de ser cristiano en el Partido Comunista y comunista en la Iglesia. Y su trabajo por que pudieran serlo muchos con él.

Superficialmente, esto podría considerarse anecdótico. (Y Alfonso Comín fue enormemente respetuoso con las opciones políticas de sus hermanos de fe. Nunca pretendió que los cristianos tuvieran que ser forzosamente comunistas). Pero, en un sentido profundo, la plena y fácil posibilidad de que hubiese comunistas en la Iglesia y cristianos en el Partido apuntaba, según él, a algo muy importante para la realización de la esperanza escatológica y de la esperanza utópica.

Y Comín fue un hombre de esperanza: no de una desencarnada salvación en el "más allá", sino de la realización de una nueva tierra en que habite la justicia. "Como cristiano comunista —escribe en la primavera de 1979— empeñado en la reconstrucción de una tierra

sometida a incesantes guerras civiles, tierra en que el cristiano ha crecido como enemigo del hombre contemporáneo, deseo que, de ahora en adelante, allí donde se pronuncie la Palabra de Jesús haya esperanza, esperanza activa, liberadora, compañera silenciosa, pero arrolladora del corazón de una nueva humanidad sin clases, reconciliada consigo misma".

Así era la fe de Alfonso Comín. Esa fe, vivida hasta el fin, en su testamento.

Algunos podrán admirarla, y hasta enriquecerse con ella, desde una vivencia distinta del ser cristiano, desde una fe mística, ayuna de la dimensión escatológica. Pero pretender que un modo tal de vivir la fe coincida sustancialmente con lo que el creyente Comín vivió, sería traicionar a nuestro amigo. Su muerte en la brecha, sin desfallecimiento, hace inviable una maniobra de este género.

La vida de Alfonso fue una manifestación del Espíritu. Estoy seguro de ello. Hay diversidad de espíritus. Que cada cual reivindique su libertad. Pero sin pretender extinguir ni desvirtuar el de nuestro amigo, que queda como un hito, como una llamada, como un asunto de reflexión entrañable.

Hay algo que quiero notar aquí. Con el paso de los años (y quizá con el peso de su enfermedad), Comín fue realizando un equilibrio casi inverosímil: el fuego, nunca disminuido, de su convicción cristiano-revolucionaria iba encarnándose, cada vez más, en una actitud de serenidad, en una capacidad de escucha y reflexión, en una paciencia dialogante sin límites.

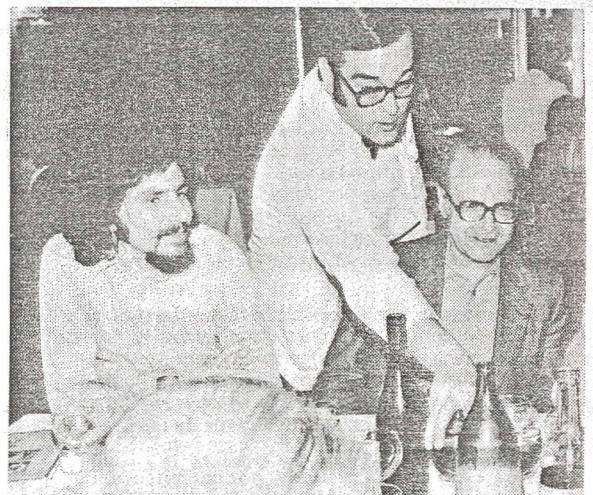
En el centro de esta complejidad dinámica y dialéctica, (fe y compromiso histórico, cristianismo y comunismo, creencia y crítica, convencimiento y diálogo, esperanza escatológica y apertura al misterio de la trascendencia) estaba la persona de Alfonso. Llegó a realizar en sí la antinomia del fuego y de la paz.

Al extinguirse su vida, nos quedó su mirada profunda y silenciosa, como un interrogante último.

Para quienes compartimos su fe, esa mirada es un anuncio, casi una experiencia anticipadora de la resurrección.

Comín no se ha extinguido. Es un grano de trigo enterrado en nuestro suelo. Estoy convencido de que la siembra que de sí mismo hizo no quedará sin fruto.

JOSE MARIA DIEZ-ALEGRIA



Alfonso con José M. Díez-Alegria en la cena que tuvo lugar después de la presentación de la colección "El credo que dio sentido a mi vida", 1975.